



Domingo I de Pascua 2011

Con la muerte de Jesús parece quedar destruida la vida de Jesús y su obra. Los adversarios han provocado al Crucificado para que demostrara la verdad de lo que él reivindicaba: "A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el Rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libere ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios?" (27,42-43). Jesús no se ha salvado a sí mismo; no ha descendido de la cruz; Dios no ha intervenido; Jesús ha muerto sobre la cruz. Con esto podría parecer demostrado que él no es el rey de Israel ni el Hijo de Dios o, al menos, podría ponerse en duda. Así es también como se presenta la situación el día de Pascua. Y el correspondiente estado de ánimo de los discípulos queda reflejado en el diálogo de dos ellos con Jesús, el viajero todavía desconocido, en el camino hacia Emaús.

Pero los sucesos de aquel día primero de la semana producen un cambio completo de situación. La resurrección tiene lugar como el acontecimiento más decisivo y es anunciada como la revelación definitiva. Ella muestra que Dios está de la parte de Jesús y confirma en primer lugar toda su obra; acredita a Jesús como Hijo de Dios y asegura que podemos fiarnos de sus palabras y de sus acciones; revela que es el vencedor de la muerte y que vive y reina para siempre con el Padre. Ha quedado claro que la última palabra no la tienen los hombres, con su condena injusta y su voluntad de destrucción, sino Dios con su amor redentor y con su poder sobre la muerte.

María Magdalena va de madrugada al sepulcro de Jesús y observa que la piedra ha sido removida y que la tumba se encuentra abierta. De lo visto saca la conclusión de que el cuerpo de Jesús ha sido sacado del sepulcro y trasladado a otro lugar. "*Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos donde lo han puesto*". Un cadáver puede ser sacado de la tumba de la misma manera que ha sido puesto en ella. Es así como las autoridades judías explican también la tumba vacía, acusando a los discípulos de haber sustraído durante la noche el cuerpo de Jesús (Mt 28,11-15).

La noticia llevada por María Magdalena asusta a los discípulos. Pedro y Juan quieren constatarla personalmente y corren al sepulcro. El discípulo predilecto llega el primero al sepulcro y ve desde fuera las vendas por el suelo. Pedro entra en la tumba y ve las vendas y el sudario plegado en un lugar aparte. Lo que Pedro observa va contra la explicación dada por María Magdalena: no es razonable pensar que una persona que se lleva el cadáver de la tumba le quite antes los lienzos que lo cubren y, además, pliegue el sudario que le cubría la cabeza. La tumba vacía y las vendas sin el cuerpo que habían envuelto no son una prueba, pero sí un signo de que Jesús ha dejado la tumba, ha vencido a la muerte.



Pedro ha comprobado con precisión la situación en el sepulcro, pero no ha comprendido todavía el signo. El otro discípulo entra en la tumba después de él, ve lo mismo y da un paso más: ve y cree. Pero sólo la aparición del Resucitado hace inequívoco el signo de la tumba vacía y conduce a todos los discípulos a creer. A todos es aplicable la aclaración de Juan: *“Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.”*

Con esta aclaración da a entender Juan que los discípulos no reconocieron el acontecimiento de la resurrección de Jesús a partir de la Escritura, sino que la resurrección fue la clave para comprender lo que decía la Escritura. Sólo después de la resurrección comprendieron los discípulos lo que quería decir la Escritura.

Jesús resucitado es fuente de luz; la resurrección revela el sentido de su pasión. El buen Pastor ha dado su vida por las ovejas (cf. Jn 10,11). Como dice Jesús: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos» (Un 15,13). Jesús vivió su pasión con amor; por eso ha obtenido la resurrección. Ha alcanzado la gloria eterna de Dios y nos llama a anhelar esta misma gloria por medio de la fe.

Pedro proclama el mensaje de la resurrección en la primera lectura. Tras entrar en la casa del centurión Cornelio, toma la palabra y hace este anuncio: Jesús, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él, murió injusta y cruelmente, pero Dios le resucitó al tercer día, y se apareció a muchos.

Estas apariciones confirman lo que el sepulcro vacío hacía ya intuir. Pedro afirma: “Dios lo resucitó al tercer día e hizo que se apareciese, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados de antemano por Dios: a nosotros, que comimos y bebimos con él después de resucitar de la muerte. Nos encargó predicar al pueblo y atestiguar que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos”.

Jesús resucitado está lleno de poder. Sin embargo, su primer poder no consiste en juzgar, sino en conceder la remisión de los pecados, alcanzada con su sangre derramada en la cruz. Por tanto, el primer poder de Cristo resucitado es un poder de salvación. Al final tendrá también el poder de juzgar. Sólo en su nombre se concederá el perdón de los pecados. Ningún otro puede salvar.

Pablo nos revela en la segunda lectura las consecuencias que tiene la resurrección de Jesús para nuestra vida; afirma que nosotros hemos resucitado con Él. Por eso estamos obligados a corresponder a esta gracia extraordinaria que hemos recibido. Pablo afirma: *“Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra”*.

Aspirar a los bienes de arriba significa vivir en la fe, en unión con Cristo resucitado; vivir en la esperanza de la gracia de Dios para cada momento de nuestra vida, y en la



esperanza de la gloria de Dios al final de la misma; y significa vivir en el amor de Cristo.

Aspirar a los bienes de arriba lleva consigo cultivar el tesoro de la vida nueva que hemos recibido, mediante la escucha orante de la Palabra de Dios; con la formación permanente necesaria para vivir con coherencia y testimoniar nuestra fe, así como para asumir la parte que nos corresponde en la misión apostólica de la Iglesia. Aspirar a los bienes de arriba significa valorar la Eucaristía como el mayor bien, sin el cual no podemos vivir ni hacer nada. Y lleva consigo también renovar en nuestra vida la gracia bautismal con el sacramento de la reconciliación.

Con estos medios de salvación nos acompaña el Resucitado en la Iglesia, para que estemos en el mundo como testigos suyos, es decir, viviendo según el Espíritu. Como escribe san Pablo en la carta a los gálatas, los apetitos desordenados *“son bien conocidos: fornicación, impureza, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, discordias, rivalidad, ira, egoísmo, disensiones, cismas, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes. Los que hacen tales cosas... no heredarán el reino de Dios. En cambio, los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí mismo... Los que son de Cristo Jesús han crucificado sus apetitos desordenados junto con sus pasiones y apetencias. Si vivimos gracias al Espíritu, procedamos también según el Espíritu”* (Gal 5, 19-25)

Esta manera de vivir acredita que hemos muerto con Cristo y que nuestra vida *“está con Cristo escondida en Dios”*. Y así, *“cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria”*. En la gloria del Resucitado, que hoy proclamamos con alegría y acción de gracias.